





BAJO LA CABELLERA  
DE LA LUNA



Arturo Noriega

BAJO LA CABELLERA  
DE LA LUNA



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Arturo Noriega

ISBN: 978-84-18250-44-6

ISBN digital: 978-84-18250-45-3

Depósito legal: M-9386-2020

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## PRIMERA PARTE

### EL MISÓGINO O NARCISO

Estoy solo, pero es que las mujeres son malas.

Y es que soy misógino. Pero lo soy no por exceso de sufrimiento o de sensiblería afectada, sino —breve— lo soy porque lo soy.

Pienso que en las mujeres hay intrincadas sinrazones que truculentamente nos exhiben como transparentes silogismos de una lógica descomedidamente difusa. Es decir, que, si nosotros anhelamos seriedad, son frívolas; si jugamos, lloran. Y en fin, que sospecho el asunto solo conduce a una especie de ruborizante subibaja en el que ellas nos fuerzan a montar y en el que, si pretendemos contemporizar y ascender en pos de la tórtola de su amor, ellas simétricamente descenden a la hez de la expolición, no de las carnes, sino hasta del cuero de nuestras tísicas carteras; cosa toda esta equivalente de haber dicho lo inverso: que, si hubiéramos subido, o quizá bajado, por estar más acordes con la índole de las intenciones, al pedestre engaño, ellas simétricamente se habrían elevado en el cielo como cohetes de feria de culo ardiente y estallado en el vacuo ámbito del amor loco.

Ya este o aquel dijeron cosas lúcidas al respecto; no obstante —pues que tengo la pretensión de filiarme a Laconia—, creo más importante sentar el precedente de que ya hacía cuatro o no sé cuántos años, mi relación con las mujeres era la imprescindible de la vida en sociedad —mi rufianesco entorno—.

Sin embargo, esto es mucho tiempo y un día la conocí. El hombre es débil.

La conocí y sucedieron muchas cosas en el mes y medio que duraron nuestras relaciones. Paja toda esta que no viene al caso. Hablaré solo de la última ocasión...

\*

He llegado al lugar. Un pequeño edificio. La planta baja ocupada por un local de colchones y el recibidor y cubo de las escaleras. Las oficinas de la empresa colchonera en el primer piso y, por último, en la segunda planta, el piso a donde voy.

Con escueto trámite, tras la gota de leche lunar que riel a en el reloj, me informo de que son las ocho y diez abundantes de la noche. Me abre la puerta una de las amigas de Elvira, y al expedito ritmo de mi martilleante corazón y mis marciales pasos subsumo los peldaños en el inframundo obscuro y, dando en el descansillo de la puerta, entro con mi bota izquierda.

Y percibiendo esa especie de refinada vibración que quizá está hecha de *rock* subterráneo y luz dorada escucho que Margarita — quien acudió a la puerta—, con risueño dejo está diciendo: «¿me permites?» Porque he estado atascado en el acceso, mohíno por la infausta eventualidad de mi siniestro pie.

Y entonces —como suele sucederles a los que carecen de ese *savoir faire*, como diría el gabacho; a los que carecen de agilidad social—, simultáneamente y con descomedido sobresalto descubro el paso, digo «¡oh!» y me ruborizo.

Mas toda esta contingencia abrumba, y en un redoble del *rock* y de mis párpados, mis ojos, apuntados aturdidamente al fondo, y en las evasivas que solapan la dificultad de las cosas, disparan un rollo de instantáneas en que mi ser se absorba y que, en mi recogimiento, también vale como el paquete de rebanadas de realidad, donde, a modo de un cálculo, busco abstraer de los retorcimientos la fórmula de un convincente y potenciado yo.

Pero en la prístina del mazo de estampas está el centelleo del mental *flash* sobre el pelo y la espalda del conjunto blanco de lu-

nares negras que viste Margarita, y más allá de los hombros, la salpicadura hacia la incógnita de la sala del fondo.

Y, tras varias con lunares negros desinflados y donde Margarita empequeñece en varios pasos, descubro, al lado de la testa de la misma, tiernamente recargada en su hombro y quizá en una figura de la danza del progresivo *rock*, asomando la cara del cartel de Jim Morrison, quien me mira pareciendo decirme: «¿qué hay?» Y tiene en la frente un lunar fugado del vestido de lunares.

Pero en subsiguientes tomas, ahora consecuentes del *zum* de mis pasos, veo subsiguientes ampliaciones de la sala y, en una, a una Margarita desinflada que se ha separado de Morrison y le deja con su expresión que, corrijo, no es de «¿qué hay?» sino de asombro, y quien tampoco tiene un lunar donde dije, sino que este, en sucesivas tomas discontinuas, recula y se agranda cual un estallido, y tiene alas. Y descubro no es otro que la mosca que, en la autopista del aire y con el salvaje desenfreno de un *Ángel del infierno*, se ha lanzado a recibirme.

Pero, tras la toma superflua donde Margarita es la futilidad luminosa que parte en dos la sala al clavarse en los sillones, está la foto de mis ojos, recelada y promisoría que me impacta del concurso, escaso, en los sillones; una nena atrapada en la contorsión ridícula de estar semisentada o bien semierecta y, quien no en otra forma, en las subsecuentes tomas reaparece, recula y se agranda como algo que se agrande fascinando, y tiene a mis ojos alas de ángel del cielo; y que no es otra que mi amiga cariñosa, Elvira, que con efusión inmensurable, ni cálida ni tibia, se ha lanzado a recibirme no sin antes frenar en el sitio del último sofá que nos separa para zumbear con alguien voces que se difuminan en el *rock*; una chuchería, un gracejo.

Pero por lo que sigue, recelo de sí, cuando un asunto empieza a tomar cariz semejante, el hombre que lo incoa esté en problemas.

Pues entonces me topo con la lámina donde ella ha salido de la última curva, y mis párpados arrebatados disparan un rollo aparte. Y en un silencio abstracto, o en una disonancia que congelo del desarrollo armónico, o en un instante que mi conciencia contem-

pla largamente, está su imagen estática, de cuerpo entero y con una cinta azul en su mata de pelo; provocativa; tomada un poco desde arriba, desde mi estatura. Y en la subsecuente toma y en ella está su cara que no impresiona ni me impresionó un comino, antes...

Y aunque resulte irritante esta metamorfosis para la que mis alardes de misógino no tienen siquiera una desalentada explicación, aún un desatino, solo comprendo que, más allá del veleidoso bochínche de mujeriles despropósitos, finos deslices, de risas variopintas, su «soy como soy» en una alma cándida, aún retumba o reverbera con los matices de una especie de más desesperado *blues* o con el deslumbramiento del primer agente alquímico que se ha escamoteado en algún cenáculo de adeptos, y provoca, al transmutarse en un presente «¡hola!» áureo de su boca, el asombro similar del que presentarían el gañán con vocación hermética o el gañán con alma de *rockero* —uno u otro— al descubrir en el crisol sonoro o metalúrgico el oro de pacotilla o el guitarreo amplificado de su primer ingenuo *blues*. Que me provoca pues, que, de las manos de mi alma de novato, se escurra el mazo de fotos en que me parapetaba y que la mire indefenso.

Y, siendo así, miro su singular sonrisa y sus ojos experimentados, y en ellos los arco iris lúgubres que encierran las ollas de oro de sus iris analíticos. Y entonces, como si fuera asunto de desesperación, los miro como las dos monedas de que el avaro ineluctablemente ha de desprenderse, o los estudio como los dos mundos topados a la vuelta de la esquina y que al astrónomo empearán al manicomio. Y, en algún modo, cual si lanzase una ojeada de pájaro sobre la lontananza de las pocas policromas órbitas contingentemente panorámicas, como que abstraigo de las sinuosidades un especie de tejemaneje habilidoso; un esparcimiento con que se palia el tedio de lo rutinario. Y ya sin fotos me descubro a mí mismo retratado en las pupilas analíticas, y es como si me supiese soslayado, contingente, y ella me mirase por no tener a quién mirar mejor. Y, pese a que con malabaris-mo calculo en busca del «yo» «yo» «yo» tan persuasivo, no puedo

desgarrar el formalismo, y hallo en cambio una serie de convergentes atropellos que en un rabioso infinito de unas horas tiende a cualquier cosa variable menos yo. Pupilas que filosofan dolorosamente sabias y murmuran brillando que, así como yo me pretendo hijo de Laconia, ellas se pretenden cofrades de lo efímero y hermanas de todo lo relativo.

Pero me excedo.

El *rock* suena y mi magín ha jugado su trastada, pues es un *rock* comercial; por más abundamiento, de la radio.

Sé que todo eso es falso y todo expeditivo. Y extendiéndole mi mano ni tiemblo ni nada, sino que me importan un comino todas las filosofías, y más allá de mis vacilaciones, supongo que visto el rutilante traje folclórico de América; es decir, visto de triunfador.

Y si le extiendo la mano, no es superfluo aclarar, es porque me valgo de tal truco para que Elvira no me bese puesto que, aunque sea ella, no me gusta sentir la saliva ajena.

Con el ligero enfado de este fracaso sin importancia, Elvira me arrastra por la mano al concurso; graciosamente.

Y yo miro.

Allí están Lucía y su *cuyo* Rubén —amigo de circunstancia; de esa—, quienes me miran con el mismo leve encogimiento con que yo resbalo sobre ellos mi vista para, en dos parpadeos, terminar de captar el tablero del juego. Acá, en este sofá, están Claudia y las niñas de sus ojos, Heriberto —camarada por cuyo trámite me introduje en tal ambiente—, y allá, bajo el cartel de nuestro amado Morrison, en el sillón rojo manchado por el viejo incidente con café o aceite o alguna cosa, Margarita. Y todos me sonríen con más adicción que el embarazo, que también se da. Y yo abro la partida y muevo mis piezas: abrazando a Elvira, mi reina, río y digo: «¿qué hay?»

Y entonces me lanzo, y con el calor algo engorroso de mi coriedad, trazo la curva vacilante y simplemente cerrada inscrita en la curva de los sillones y estrecho las manos. «¡Hola Lucía!, ¡Rubén!» Y, tras mis «¿cómo estáis?» y ceñimiento de mano del saludo de Claudia, ciño la mano de Heriberto, pero creo percibir que sopla

cierto airamiento o malentendido que traemos, aunque esto no me preocupa demasiado pues soy altivo.

Y en la especie de acaloramiento que sigue, entre el sofá y el sillón que permanecen disponibles, yo opto por el sillón porque, en mi estilo seco, también me valgo de tal ardid para que Elvira permanezca por allá, como un sediento desierto que finge desdeñar la lluvia. Sin embargo, tampoco veo triunfar mis intenciones, pues hallo que ella, con aire mimoso, tras venir y sentarse en mis piernas, y aún a sabiendas de que no me gustan los melindres, ahora me acaricia. Yo peino mis pestañas con mi dedo anular. Y estoy ligeramente disgustado. En fin.

El piso está habitado por las cuatro chicas desde la ocasión añeja de igual número de años en que, en parvada y en la racha de una moda, volaron de cuatro disfuncionales nidos familiares.

La una es Claudia, que es como una simple flor cualquiera; la otra Lucía, un cardo por más que en flor, difícil. Y en cambio, puesto que a las flores no se les dan flores, «Margarita, está linda la mar, y el viento lleva esencia sutil de azahar...»

En el piso, y al uso de Heriberto, he estado pasando tanto los fines de semana del último mes como alguno que otro día de irresponsabilidad.

Pero como decía, quizá como resabio de la veleidosidad de ocasión de Heriberto, y tal vez también remanente del sobresalto de Rubén por alguna pasada inadvertencia en mi desmanejo social, he de conformarme a esta sonrisa de mis belfos, de dientes para afuera, en el desabrimiento que se da.

No obstante, como es en las reuniones, las frases, entramadas con alguna última mirada cauta, y cual mariposas en la resolana de nuestro sol eléctrico, poco a poco empiezan a aletear sobre este tipo de valle que es la mesa de centro y que, no está por demás decir, no es otra cosa que una amplificada rodaja de rábano; es decir, una emperejlada rebanada del cadáver de un árbol que canta al buen gusto en el coro de los no demasiado usuales efectos de la sala.

En el lugar hay cortinas hechas de abalorios ensartados de sopa de pasta pintarrajeadas; una, por cierto, pintada como un destello

de sol en la ventana, engancha una extraña congruencia con la policromía del botón de una flor nunca vista y llena de rojos que retrata una estera de palma del suelo. Por este otro lado está una llamativa lámpara sin luz con un soporte que traza una espiral logarítmica.

Sin embargo, con el mismo desentono de lo que me dice ahora Heriberto —un agrio despropósito—, el comedor de más allá contrasta fuertemente. Es un pesado armatoste barroco lleno de florituras y follajes labrados, con sillas grandes y pomposas.

En cambio, al lado del sillón rojo, a los pies de un Morrison que fortuitamente canta cosas de nenas en un barco de cristal, y sobre una peana baja, que es otra arbórea rodaja, hermana menor de la mesa de centro, hay un florero con rosas azules lleno de encanto y buen gusto, lleno de inteligencia —ambos fruto de una ingeniosa papiroflexia de cartón—. Y es en este lugar a donde llevo a descansar mi mirada, ahora que le pesa el peso de las cosas, sin obstar la sonrisa, cómo no, también helada de mi boca. En las flores etéreas que son azules como creo son las esperanzas rotas.

Y dadas estas y otras contingencias, como una consecuencia enrevesada en este helor, en una fluctuación de mi firmeza, veo que se apiñan tímidas mariposas desesperadas en mi boca, dudando de si lanzarse al vuelo en pos del encanto de otrora. Y con mi mano al aire, como quien pide la palabra, presto atención y deferencia a las mariposas que salen de las bocas extrañas. Y si sucede esto es porque presiento que la varita mágica que ha tocado todo, y que es la batuta que dirige al coro en un extraño contrapunto con el *rock*, es de la mano de carne de la sensual hada, que no ángel, de la cinta azul en el pelo, que habla mariposas y tiene alas de mariposa y que antes me prefería a mí.

Tengo la puntada de decir que tengo éxito. Mas, aunque cedo la pieza, soy estratega y cedo para ganar de calle la partida; porque mientras disfrazo sin socarronería un ambivalente optimismo, por forzado y por mentido, veo entre otros signos esperanzadores que la atmósfera deja de ser acartonada y se perfila el interesante juego medio.

—Es grato esto —juzgo lisonjero.

Ya después se habla como se habla allí algunas veces; por puro esparcimiento.

Elvira me ha traído media pinta de cerveza, y sentada primero en el brazo del sillón y luego en el sofá desocupado, desparrama su impensado mariposeo mientras entrevera en su abundante mata de pelo de mujer sanguínea la cinta azul que, cual arbórea serpiente, se columpia, siempre atenta de su estampa.

No obstante la indignación que, de oír aquello, agitaría al hermano Dirac —quien se escandalizaba de la verbosidad cuando el camarero de la anécdota, operado de la cabeza, quería saber cuántos terrones de azúcar debía llevar su té, siendo tan evidente que la unidad natural de cantidad de azúcar es el terrón como la base natural del muro logarítmico es el «e»—, yo, pese a ser su hermano de Laconia, hoy por el contrario, escuchando esa cháchara frívola y sin fondo —como música—, pareciera sustentar la idea de que los nombres *Sherezada* o *Born to be wild* o sus palabras carecen de importancia o son intercambiables para ese ruido especial que representan, que es el todo, y que no sé de qué magia o pedantería esté hecho que indigna o duerme o, como ahora a mí, me hace mirarla, olvidado de la eventualidad, con una expresión que, sé al sesgo, es bobalicona.

Pues es que, pese a los hechos que me han sugerido que ella tiene un corazón de oro, de aquel de los tontos, mi corazón de oro, tan inteligentemente, y escupiendo las razones pascalianas, dice que le basta con que sea de oro, no importa de qué tipo. Pero si a esas vamos, joder.

Entonces se habla de música. Y la runfla de nuestras mariposas donde, preciso, no hay muchas de mi especie —ni de las de Rubén o Margarita—, como que ondula o gira en una grata coreografía que lidera el mariposeo más ingenioso de las frases de Heriberto y mi amiga. Luego se dispersa.

Pero la frivolidad suele sorprenderse vestida de etiqueta.

Heriberto pinta efímeros rayones de pitillo en las alas de su brillante mariposa.



Me mira, le miro y mira a Rubén. Lánzala entonces revoloteando.

—Lo bueno, lo artístico, lo grueso no necesariamente... Pink Floyd es un ejemplo. De lo malo lo es la «chica material». Y yo, dándome ínfulas —debo decirlo—, querría hablar en el estilo, pero Heriberto apura su vaso y quiere más.

Porque Heriberto es un expositor con sentido. Mientras le ofrece lumbre a Rubén yo intento lanzar a la parva una, aunque pretenciosa, no concretada palomilla, e intencionadamente me distraigo con dos otras que juguetean o pelean amablemente allá, por el lado de la lámpara logarítmica.

Claudia no hizo algo que debía haber hecho —a medias capto—, reprocha el lepidóptero de Lucía, porque, por este otro lado, desde los labios de un erguido Heriberto —que no abandona su vaso— otra cierta mariposa está emprendiendo el vuelo para anunciar al orbe que había invitado a un tal Flavio, amigo suyo, conocido mío y un garbanzo de a libra.

—Pero ya es tarde y... y no creo...

Es que Margarita sigue sin pareja.

Sin embargo, al contrario del convincente pincel del pintor que al comprobar su tela sorprendido halla aquí y allí, al frente en otro lienzo, lo que está igualmente en el fondo: una misma señora de Giocondo que con tres pares de labios dibujando pretende exasperar a dos artistas, veo yo que, en mi caso, por mi diletante pluma, sería quizá más oportuno comenzar a reflexionar, pese al disgusto, en la conveniencia de resignarse a que este relato sea solo aproximado, dadas, verbigracia, estas fluctuaciones fáciles entre rostros sombríos o festivos que aleatoriamente en mí dibuja —como este del instante que da un desenfado que no poseo ni poco—; pues por más que tacho y emborrono, combatiendo con soflamas y estallidos, solo quemo mis cartuchos neciamente sin alcanzar nada mejor que equivalencias transitivas de estas enmendaduras que expongo.

Pues, aunque se brille y se beba y sea como lo que dije, una música que interfiere constructivamente con la otra de la radio

que fluye de allende el comedor, del armario empotrado; y pese a este guateque, por demás típico (aun con los manoteos y risas de aquellas que pelean ahora sobre el tópico de un vestido de percal azul), en mí hay un fermento de incomodidad entre gentes. Algunas veces la bestia, antes de agazaparse, ruge; el hombre, antes y algunas veces, sonrío.

Pero, por cierto, este modo es aquel mismo modo, mitad comedido, mitad insolente, en que nuestras mariposas pelearían —en el tiempo de retomar nuestros aparamientos—, cuando la helada desparramara por el suelo a las danzantes mariposas; en la ocasión propicia para señalar con el dedo que la última cerveza, coronada de canas y escoltada por un ardiente cigarrillo y un cenicero colmado de fríos cadáveres —como en campo de batalla—, alcanzaba solo el medio del vaso de Heriberto.

Y puesto que este mantendría una sed incommovible, luego de mirar a Elvira cruzando el comedor llevando el cenicero, y de mirarme, miraría a Rubén y lanzaría al aire su brillante mariposa, ahora conminante, llegado el turno de corresponder, ya que él había comprado las cervezas.

Después de reír malhumorado, de tratar de..., y después de rasgar la faltriquera de mi deslavado pantalón vaquero y de apartar el coste del pasaje, yo entregaría tanto una ridícula puñada de monedas como el «pío» tópico del gremio estudiantil —al que pertenezco— en circunstancias paralelas. Y en el silencio amenazador de tras el fin de la música de radio dados los discos que colocaba Elvira, le miraría con ojos ruborizados... y sonreiría. Es decir; debo confesar que, por más que la altivez no transija, yo me vería, ante la fuerza de la necesidad, dispuesto a conceder... a transigir.

Y luego de toda esa confusión de frases de sorpresa estudiadamente exagerada y de las mías ardientes, el silencio daría barruntos de tomar un cariz adecuadísimo donde conquistar mi humillación completa si no fuese que Rubén, aunque con demora intencionada, entrando al quite en sincronía con el grito de la música renovada por el disco de un grupo antiguo con un organista notable, cantaría

un triunfal «no importa». Y yo le miraría, simultáneamente que la entrada de Elvira en la cocina, en calidad de un develado salvador. Rubén, como profesional, sí puede...

Pero ni esto, ni el hecho de que Elvira estuviese por allá, camuflarían el carmín de mis cachetes al aceptar la vuelta —en el azoramiento lógico por la carencia del mentado *savoir faire*— de mis moneditas.

Y más allá de qué diríamos, Heriberto mariposeando y yo con los ojos, «al menos vais por las cervezas» y «yo no...», quien se zamparía los laureles exitosos sería él.

Como efecto de su humor, excelente, tiene para Claudia un desenfadado abrazo, un cuchicheo con aspecto ejecutivo y un beso. Y yo hubiera doblado la cabeza si...

Pero no como en el primer pleito que vino a fenecer cuando Elvira puso paz con un «ya, ya, ya» en *crescendo*, y que podría ir de una marquesa a sus lacayas; este, más confuso y luego de que ella hubo vuelto de la cocina trayendo frituras chatarra, rueda por las escaleras y luego de dos tumbos y otras fatuidades que omito, entrega su esencia con mi negativa, tajante, a ir por las cervezas.

—Yo no voy; si quieres ve tú —estoy airado.

Y yo hubiera doblado la cabeza si no fuera que cuando Elvira volvió de la cocina, Heriberto, tras interceptarla en el comedor, y por más que en chanza, mientras con la mano siniestra tomó algunas frituras de la bandeja, con la diestra rodeó su nuca.

Junta entonces su frente con la de ella, le murmura como a Claudia y la hace reír.

Solo faltaba el beso.

Pero el hecho no me preocupa demasiado pues soy altivo. Sin embargo, creo, esto debería darme qué pensar. Yo, pese a que soy altivo y no me importa, observo. Además, las mujeres son impredecibles y hay que prevenirse.

No obstante, en otro nivel, por más que sé lo antedicho es únicamente subterfugio, y de que hay maneras más sutiles de hurgar aquí o allá para acomodar una razón que nunca tercia con la sinra-

zón humana, se explica el ir delante —*a vuestro gusto*— o bien porque no quiero emborronar de largo, o bien porque simplemente, como dije, mi pluma es incapaz de atacar el claroscuro de la boca de *Monna Lisa*. El hecho, en fin, es que, persiguiendo a dos impertinencias y sin oídos para los murciélagos, que no mariposas, de Heriberto, finiquito:

—Pues anda tú por las cervezas, joder.

Digo también, concluyendo, que quien termina por ofrecerse es Rubén.

Después de reiterar su «no importa» —si bien ahora cargado como dados cargados—, dice:

—Ya; *tate*, relájate. Yo hago el favor completo; pongo el dinero y el paseo.

A su vez Lucía, ni por broma podría dejarle ir solo. De este modo, luego de una mirada iracunda que esta me dirige, parten. Y yo, ¿por qué no?, también parto de los comentarios que se hacen.

Porque pensando apriorísticamente que si a cosas estúpidas les quitamos la estupidez, si no queda algo inteligente —que así suele ser el aire de la sorpresa—, de menos quedarán paradojas mirables, más o menos, como lo podrían ser, por boca del docto botánico: «Una mutante flor de lirio (*Hemerocellis flava*), sin sentido hasta el extremo de ser casi pensamiento (*Viola tricolor*), desmayado»; o la castrante frase con que el antropólogo remata su estudio costumbrista: «es una puta casta hasta el extremo de casi no ser puta», o más familiarmente, lo que hasta el cansancio han visto mis ojos, tristes por el bien ajeno, del gilipollas con suerte hasta el extremo de ser, en vez de pendejo, casi Su Excelencia. Y pensando así, digo, yo expurgo el diálogo en razón de la razón y de hacer mutis de sus muchas necesidades.

Pero objetivando.

Pasa un tiempo en que yo me sumo en la sombra; en que Heriberto y Claudia, y Elvira y Margarita se dicen, respectivamente «cri, cri» y «bip, bip», mientras los arpones de sus arcos oculares se ensartan de soslayo con el haz de mis miradas periféricas, evitando

tocar este sitio, centro por atributo, donde yo estoy, ahora mirándome las uñas pero catando la mala vibración de las sedas que, entre otras cosas, ha malogrado este *rock* tan digno de otra situación cualquiera y ha retraído el desabrimiento inicial a la reunión.

Y cumplidos diez minutos —ya que considero es obligado examinar el reloj de mi muñeca por no mirarme más las uñas— se oye, engarzado en el *rock*, el ruido de la puerta. Y yo adivino un suspiro de alivio. Pues hasta una puerta puede valer por muchas cosas. Y pudiendo valer lo que un telón, vale para ellos lo mismo que una válvula, o para mí lo mismo que un contrasentido; porque teatralmente, al abrirse —y mostrar en el vano de la escalera a Lucía y Rubén cargados de cervezas—, les hace el favor, desfogando lo deletéreo y succionando hasta las telarañas, de ofrecerles joviales perspectivas; y me sorprende a mí —como a cualquiera que optase por papeles intrincados— con que vale por una paradoja; pues por la expresión de Rubén —que es un poco contemplativo—, y en sus zapatos, contemplo que contempla un poco acá toda una escena: unos insectos tiritantes y un tipo de araña mohína sentada en un sillón periférico y del que irradiaba una incorpórea telaraña.

Y es que tal fue su estrategia para que yo no me zafara. Se embutieron en el disfraz de insectos para sorprenderme a mí, en una mirada, con el papel complementario de algún semejante de la araña. Y por más que en principio yo pudiera impugnar ese papel ya que eran ellos los que habían trabado este cedazo en que quedé prendido, debí conformarme, pues que no había más que yo mismo en mi partido.

Y supuesto aquello de válvula y telón, y dadas las sonrisas de pareja y cervezas, y por más que las tres nenas de aquí con la del escenario no sean aficionadas a ir más allá de cuatro vasos de cerveza, no puede por menos que recibírseles con una salva de aplausos. (Heriberto, que sí va más allá, ha de aplaudir el doble).

Y supuesto esto de contrasentido o paradoja, yo, aplaudiendo o no aplaudiendo, en todo caso, daría pábulo para que las sensaciones colectivas resumidas en el texto no demasiado indescifrable

de la faz rubenesca, y considerando la ojeriza, declarasen: «¿ahora aplaude...?»; o, por el contrario, sin aplaudir, por los ojos de Lucía: «tenía que ser...» Y supuesto este mi papel, yo interpreté y no aplaudí, y el ambiente muestra su reprobación. Tenía que ser...

Pero no sé ni a dónde pandearme. Y más aún, debo declarar que así como hay quienes pueden danzar en el ritmo de las cosas —la vida es cualquier cosa, hasta una pista de baile—, y en el concierto de la causalidad se impulsan de esta explosión de alientos a aquella otra de violas; y giran o saltan, o hacen lo que quieren porque tienen estrella; hay otros que no tienen soltura o no saben bailar, y que en el reventón del mundo se hunden o pegan saltos infaustos, y, en fin, para quienes la síncopa en la armazón del ritmo es solo el inoportuno tranco donde trabar el pie e ir a estrellar la crisma en tiempo fuerte. Y aunque no quiero ser de estos y no soy, ahora, inoportunamente, fuera de ritmo, como suele suceder hasta con gente de algún éxito que se ve atosigada por un par de contingencias, yo, que estaba y sigo estando apabullado por la necesidad, o por la situación, o por el prurito de explicarle alguna cosa a Elvira, tuve una cresta, y con mi mano al aire como quien pide la palabra, apuntando a ella; al diván donde estaba y sigue estando, al lado del hombre con ojos de gato de ojos grises, y dije:

—El corazón tiene razones... —y tal vez el tono era destemplado.

Pero solo obtuve el vistazo de sorpresa de Claudia, de entre otros desatendidos.

Me contuve y me toqué la boca. Elvira estaba de costado, y bien por el ruido o por la música es posible, también, que no me oyera. Carezco de ánimo para repetir y considero frívolo valorar si a más de perplejo estoy herido.

Yo lo que quisiera es que, así como el corazón tiene razones que la razón desconoce, el corazón también aceptase que la razón tiene razones que el corazón desconoce (y que se esperaría fuesen más lógicas de menos). Sin embargo, ¿cómo hacerle entender, ahora que patea en mi pecho y me amarga la partida, estas razones que parece no comprender y en donde está implícito el corolario de

que yo no soy la equivocación de nadie —como ella, debo reconocerlo, con sus listos ojos momentáneamente despistados, de un tiempo a esta parte, pretende darme a entender?

Me clavo en mi cavilación, y por más que no me lo pregunte, la pregunta es de generación espontánea: ¿por qué me siento mal entonces? ¿Será porque mi corazón es sabio, y no es que desconozca mis razones, sino le saben desabridas como saben ingenuas las de aquel listo monarca en calzoncillos que vestía el traje que todos, sin faltar uno, veían porque solo lo podían mirar las gentes con mollera. Y en la lógica de las sinrazones se puede llegar sin razonar a considerar razones de peso o volatilidad hasta la obesidad o el raquitismo del fajo de oro de papel de la cartera o el sofisma hueco (contra la plenitud del silencio), siempre y cuando, en vez de un bostezo, genere un titileo en las miradas de una concurrencia reciclable?

Pero es por demás. ¿Por qué me siento mal?

Se habla y se me ignora.

Y lo que se dice es propio de rostros risueños, y reflejamente empalma en mi boca la plantilla de una sonrisa indecible que, sonrojando, no puedo impedir que muestre un defensivo sesgo irónico.

Mientras Rubén, vuelto de la cocina, descorcha tres cervezas, Margarita, con cara tímida pero de perfecta inteligencia, sostiene estupideces —yo digo que bla, bla...—.

—Glo, glo, glo —protesta escandalizado Heriberto.

—Bla, bla, bla —arguye ella.

Y yo, solo por decir algo, querría decir «pío».

Pero no. Lo que se da es un ramalazo consecuente que se hace notar (y que más propiamente es un espejo pues al echarle un vistazo, echo sobre mí un vistazo en el que veo a un descocado; al descontrolado que, en lo que de todo más importa, ha conducido a Elvira de una situación normal a otra anómala en que la ha enredado y que es de menos molesta. ¿En qué, pues, repugnante situación me he liado con ella?)

Sin embargo, entonces, creo, como suele sucederles a los que optan por papeles transparentes cuando miran a aquel que es el malo

o la víctima, o que es simplemente el quid, se descubre una cierta desazón o se obra con dificultad; o se descubre simplemente que no es comedia sino unas banales cervezas la han tornado en drama.

Y Rubén y Heriberto, que van a levantar sendos vasos para servirles la tercera tanda a sus expeditas gordas, se ven rebasados por el destino que, con decisión, levanta una palanca que pone en marcha una tramoya de la que soy el engranaje y que hace reaparecer la atmósfera tensa, fría, como la que encrespa los pelos verdes del calvero gris del bosque al acometer el ariscado silfo que enarbola el llameante estandarte del rayo. Atmósfera que, también como la voluta de humo de tabaco que arrojé de mi boca, ahora se esparce, grisácea, sobre este nuestro valle del cadáver del árbol, y se remonta transmutada en niebla por las estribaciones heladas del concurso.

Y mientras miro aquí o allá, buscando pasar desapercibido, con repugnancia noto que estoy más presente de lo que hubiera sido grato a mi recogimiento.

Pues para entonces se ha presentado un fenómeno de clarividencia y se ha adivinado que la manera de alcanzar la jovialidad en perspectiva, de seguir adelante, aunque fuese dejándome de lado, es impedida por un vaso vacío, que colmado y burbujeando en mi mano —donde rumiar mis penas—, equivaldría a lo que la palanca en la mano del hado, con que detener a la tramoya. Y, como ante una perspectiva de tormenta no cuajada, ver la aireación de un mal asunto y el brillo nuevo de un nuevo desenfado —aun tanto, añadiría yo, en la loca algarada de las antipatías o de mi loca paranoia, como para que sus sensaciones, en su lenguaje secreto, pudiesen sin mayores compunciones hasta tacharme de cínico—.

En consecuencia, y obviando el que se haya presentado también un fenómeno telepático, Rubén y Heriberto, un poco ampulosamente como en un reparto aficionado, escancian solo sus propios vasos, y enseguida, echándome una mirada sugerente y con timidez, sigue el ejemplo Margarita; como si se diera a entender que el apetente obra en consecuencia sirviéndose; yo incluido.